

y comenzando la redencion del género humano, vino al mundo carnal Jesus y lo adoraron los pastores, y lo adoraron los magos, y lo adoraron los ángeles; esa gruta en la que hoy tiene fijo su pensamiento el mundo cristiano, es una caverna subterránea abierta á pico en una roca calcárea que se levanta fuera de Bethlem; cuenta doce metros de largo por tres ó cuatro de ancho y termina en un ábside ó semicírculo tambien abierto á pico. No es esta gruta como en Occidente se cree el establo de un meson, no; es lo que en Oriente llaman un kan, de los que aún hoy existen muchos; yo he visto algunos en los descampados y en las inmediaciones á los pueblos. Estos kan son profundas cuevas sin amo particular, abiertas por los pueblos para que los pastores cierren sus rebaños durante las noches frías de invierno, y para que en ellos encuentren albergue los extraviados caminantes ó los caminantes pobres que no tienen para sufragar los gastos de una posada. En este kan, en esta caverna, aposento el más humilde de la Palestina, es donde se refugiaron José y María la célebre noche del 24 al 25 de Diciembre del año 4004 de la creacion del mundo.

Y ¡qué grabadas han quedado allí las perentorias necesidades de un matrimonio pobre! Como la noche estaba cruda, María, la simpática María, la flor de Oriente, el perfume del mundo, buscó abrigo en el ábside de la gruta, porque como lugar el más hondo, debia ser tambien el más caliente, y porque este calor se aumentaba con el que al

alentar daban una vaca y una mula que en el mismo ábside comian en un pesebre de madera. Y allá en las más altas horas de la noche..... cuando el sol cruzaba su nadir, cuando espiraba un dia y nacia otro dia, nació Jesus: que todo en la vida de Jesus es parabólico, que todo es grande. Nació Jesus al morir un dia, matando un tiempo; nació Jesus al comenzar otro dia dando vida á otro tiempo; el tiempo que murió al nacer Jesus fué el tiempo de las sombras, fué el tiempo de las tinieblas, fué el tiempo del pecado; y el tiempo que nació al nacer Jesus, es el tiempo de la luz, el tiempo de la verdad, el tiempo de la gracia; es el tiempo que no tiene fin, es la eternidad.

Sólo, enteramente sólo nació Jesus en aquel miserable establo, morada de bestias y de menesterosos: mas pronto acudieron á rendirle culto los pastores de la comarca, y los sábios y poderosos de lejanos países, y los ángeles del cielo.

Y esto ¿es un hecho aislado? Y este hecho ¿es un hecho sin trascendencia social ni religiosa? Esta sentencia escrita sin pluma y sin papel, dice al hombre que el hombre de todos los siglos y de todos los países, que el rico y el pobre, que el sabio y el ignorante, que el noble y el plebeyo, todos han de rendir homenaje, todos han de venerar al niño que nace en aquel establo; porque la doctrina que ha de predicar este niño será una doctrina universal; porque el origen de ese niño es divino, porque su patria es el cielo. „Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena



voluntad,» cantaron aquella noche legiones de ángeles, de arcángeles y querubines, surcando los aires sobre la gruta de Bethlem.

Desde la inexcrutable noche que abrazó en su seno el nacimiento del hijo de María, la gruta de Bethlem ha sido objeto de adoracion general; príncipes y reyes de todas las naciones la han adornado á porfía con sus riquezas, y gentes de todos los países van á besar de rodillas su venerando suelo. Yo tambien he besado aquel suelo; yo tambien he besado la piedra que recibió á Jesus, y al imprimir mis lábios en aquella piedra, mi alma sintió lo que no puede explicar mi pluma.

Hoy la gruta de Bethlem se halla en esta forma: la escalera de diez y seis peldaños que parte de la iglesia de Santa Elena por un lado, y la de trece que parte de la misma iglesia por otro, las dos van á parar al ábside, frente á frente la primera de la segunda. En la mayor concavidad del ábside, que es irregular, punto donde la Virgen dió á luz al niño, hay un altar hueco, como todos los de Tierra Santa; debajo de cuyo altar existe en el mismo suelo una gran plancha de mármol blanco, y sobre esta plancha una magnífica estrella de plata sobredorada, de media vara de diámetro, con un agujero circular en el centro, cuyo agujero descubre una piedra azulada. Grabada con fino buril en la estrella de plata se lee esta inscripcion: «Hic de Virgine María Jesus Christus natus est..... Aquí nació Jesucristo de la Virgen María.» Aquel agujero de la estrella es el punto que recibió á Jesus

cuando Jesus vino al mundo; es el punto que con lágrimas en los ojos besan los peregrinos; es el punto que, conmovido hasta el corazon, yo tambien besé. De la mesa de este altar penden quince graciosas lámparas pequeñas, que arden noche y dia, pertenecientes cuatro á los latinos, cinco á los armenios y seis á los griegos. Puesto de espalda al Altar de la Natividad, se vé á la izquierda, á distancia de dos metros y medio, una pequeña caverna, á la cual se baja por tres gradas, en aquella caverna, que contará próximamente tres metros de anchura por metro y medio de profundidad, se encontraba el pesebre de madera, donde dormian dos bestias cuando nació Jesus, y donde poco despues de nacer fué colocado, porque al venir al mundo no tuvo otro lecho que un puñado de paja, ni otro calor que el que le dió el aliento de una vaca y una mula. Aquel santísimo pesebre fué trasladado por Santa Elena á Roma y colocado con gran veneracion en Santa María la Mayor; rica plancha de bruñido mármol blanco cubre hoy el punto en que un dia estuvo el pesebre; y sobre esta plancha arden, pendientes del hueco altar, cinco lámparas propiedad de los latinos ó católicos. Frente al pesebre, á la derecha del altar de la Natividad, se descubre un banco de piedra, que sin duda alguna se labró allí para que los pastores ó los pobres caminantes tuvieran un lugar donde sentarse ó donde reclinarse: este banco de piedra, este apoyo, se conoce hoy con el nombre de Altar de los Magos, porque en aquel banco de piedra ó en aque-



apoyo fué colocado por María el Niño, para que los tres Magos de Oriente doblaran ante Él la rodilla y le ofrecieran sus dones. No arde lámpara alguna sobre aquel altar; pero en el largo de la gruta arden veintiuna, suspendidas de la rústica bóveda, y pertenecientes siete á los frailes franciscanos, siete á los griegos y siete á los armenios; así como en ambas escaleras arden otras seis, que corresponden dos á los latinos, dos á los griegos y dos á los armenios. El suelo de toda la gruta está embaldosado con mármol; el ábside se encontró en otro tiempo revestido de mármol blanco, del que aún se conservan algunos fragmentos, y de preciosos mosaicos, que casi desaparecieron por completo, no solo en la invasión de Cosroes, sino también en los frecuentes motines que, por apoderarse de aquel lugar, han promovido los griegos, gente farsante, gente miserable y traidora. La pequeña caverna donde estuvo el pesebre se halla hoy sostenida por tres columnas, todo el ábside colgado de tapices; y aunque en la gruta no penetra por parte alguna la luz del día, disfruta agradable claridad con las cuarenta y siete lámparas que arden en toda su extensión. Al terminar la gruta, allá... en el extremo opuesto al ábside, existe á la derecha un agujero circular, practicado en la roca no se sabe en qué tiempo; este agujero se hizo con objeto de perpetuar el punto en que, según la tradición afirma, apareció una fuente de resaca agua al tiempo de nacer Jesús. ¡Qué extra-

ño que los ángeles hicieran brotar puras, cristalinas aguas en aquella gruta, si en aquella gruta estaba María, si Dios se manifestó al mundo hecho hombre en aquella gruta?

Antes de salir de aquel dulce recinto, que no volveré á ver en mi vida, y en el que tan gratas emociones experimentó mi alma, quiero referir á mis lectores lo que á mí me refirieron aquellos reverendos frailes, para que mis lectores se persuadan de la fé, de la devoción y del fervoroso entusiasmo con que los peregrinos de todos los países visitan lo que nosotros llamamos El Portal de Bethlem. Sólo una vez al año, solo durante la «Misa del gallo,» se levanta la plancha de mármol blanco que cubre el lugar en que estuvo el pesebre; no es permitido arrancar piedrecitas de aquella roca; pero los peregrinos de ambos sexos, especialmente los rusos y prusianos, se arrodillan en aquel punto solemne; dejan caer su rostro sobre aquel bendito lugar, y en vez de besarlo, hacen inauditos esfuerzos para arrancar con los dientes, á peligro de perder éstos, chinias de tan veneranda roca. ¡Tal deseo sienten de llevar á sus hogares aquellas reliquias! Yo he traído al mio de esas reliquias, no porque las haya arrancado yo mismo, sino porque semejante presente me hicieron aquellos reverendos padres. Custodios del Santísimo Sepulcro, custodios de «la Gruta de la Natividad,» nunca olvidaré los momentos que pasé entre vosotros; nunca olvidaré las atenciones que en Tierra Santa



me dispensásteis; y desde mi casa, donde escribo, os envía mi corazón las más sinceras gracias.

### III.

Saliendo del Portal de Bethlem, ó de la gruta de la Natividad, por una puerta que se abre en el extremo opuesto al ábside, cerca del punto en que brotó la fuente, y recorriendo varias galerías, en su mayor parte subterráneas y siempre estrechas, se visitan diferentes lugares, que allí llaman Santuarios, sobremanera interesantes todos. Lo primero que se encuentra es la capilla de San José, que consiste en un nicho abierto en el muro de la escalera, con un poyo de piedra, donde puede tenderse un hombre. En este apoyo se hallaba durmiendo el Santo, cuando un ángel le avisó que tomara al Niño y á su Madre y con ella huyera á Egipto, porque el rey Herodes trataba de matarle. «Después que ellos se fueron» (los magos), dice San Mateo en el capítulo 2º de su Evangelio, «hé aquí un ángel del Señor que apareció en sueños á José y le dijo: levántate y toma al Niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí, hasta que yo te lo diga, porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle.» Vers. 13.

Desde el lecho de San José se va, siempre por subterráneos, á la «tumba de los inocentes.» Esta tumba es una caverna donde varias madres se es-

condieron con sus niños cuando Herodes dió la terrible orden de quitar la vida á los de cierta edad. Los emisarios de Herodes, aquellos bárbaros sicarios, penetrando en la caverna que al fin descubrieron, arrancaron los inocentes niños del tierno regazo de sus madres; y delante de ellas, sin que les conmovieran sus súplicas ni sus alaridos, mataron á todos. En el fondo de la gruta se levanta un altar, y sobre el altar se ve una reja casi circular, de un metro de diámetro, que solo se abre una vez al año, «el día de los inocentes;» esta reja da entrada á otra cueva, de dos metros de largo por dos de ancho, donde fueron sepultados cuantos niños murieron en aquel lóbrego paraje.

Marchando por la subterránea galería, que ofrece diversas sinuosidades, llegamos al «altar de San Eusebio de Cremona.» llamado así porque se levanta sobre la misma tumba donde descansan los restos mortales de aquel santo. Discípulo San Eusebio de San Jerónimo, vendió como su maestro sus bienes para ayudarle á fundar en Bethlem un convento, del cual fué prior después de morir San Jerónimo, espirando él dos años después, en el 422.

Continuando por una galería recta catorce ó quince pasos, se entra en una gruta cuadrada, en la que, á la izquierda se ven los sepulcros de Santa Paula y de su hija Santa Eustoquia. Descendiente de los Gracos y de los Escipiones la noble matrona Paula, se dedicó á la oración desde la



muerte de su ilustre esposo Toxtius; concedora de los idiomas griego y hebreo, se entregó á la lectura de los libros sagrados; íntimamente relacionada con San Jerónimo, vendió como éste parte de sus bienes para darlo á los pobres; despues de ejercer la caridad bastante tiempo en Roma, marchó con su hija Eustoquia á Bethlem, y allí fundó dos conventos, de los que fué priora: muerta en el año 404, le sucedió en aquel cargo su hija que, tan edificante como su madre, espiró 15 años más tarde, y las dos fueron sepultadas en la gruta que estamos visitando.

Solo dos cavernas nos resta ya que reconocer en los subterráneos de Bethlem; pero dos cavernas de gran importancia; aquella en la que San Jerónimo vivió mucho tiempo y mucho tiempo se martirizó y tradujo la Biblia del hebreo al griego; y aquella en que fué sepultado tan gran sabio, tan valiente atleta de la religion y tan eminente santo. La habitacion en que tradujo la Biblia es una gruta cuadrada, de cuatro metros de longitud por cuatro de latitud próximamente, que tiene en la testera un ancho banco de piedra, que coge de lienzo á lienzo y que recibe la luz por una ventana alta y pequeña. Aquí pasó parte de su vida el santo, aquí se golpeó el pecho con dura piedra, y aquí hizo la sabia version de los libros sagrados. No lejos de la gruta en que vivió se abre la gruta en que depositaron sus cenizas. ¿Quién fué San Jerónimo? Un mancebo ilustre, rico, y pertene-

ciente á una poderosa familia, natural de Stridont; un mancebo que nació el año 331; que pasó su juventud entregado á los placeres de una sociedad brillante y corrompida; que se convirtió al cristianismo y se retiró á un desierto de la Siria, donde vió deslizarse once años. En Roma fué secretario del Papa Dámaso, y despues de sostener varias controversias en defensa de la religion de Cristo, se retiró á Bethlem, fijando su morada en una cueva junto á la cueva en que nació Jesus. Allá oró, allá escribió diversas obras, allá tradujo la Biblia y allá entregó su espíritu á Dios en el año 420. Su cadáver fué sepultado en una gruta inmediata á la en que vivió, fué trasladado despues á Roma, y colocado en una cripta de Santa María la Mayor, junto al pesebre de madera en que nació el Salvador del mundo. En el jardin del convento de Bethlem se conserva con gran veneracion un naranjo, que segun la tradicion asegura plantó con sus propias manos S. Jerónimo.

## IV.

A las diez de la mañana salimos de Bethlem Fray Manuel Yuvero, los dos frailes napolitanos, mi dragoman y yo, y aunque ya calentaba el sol bastante, anduvimos á pié sobre diez minutos, gozando mucho al ver aquel fecundo campo y el halagüeño aspecto de los bethlemitas, hombres



y mujeres, que nos encontrábamos en el camino. Muy entretenidos en nuestra marcha, llegamos á un edificio cuya puerta de hierro, gruesa, estrecha y baja se abre á mano derecha; penetramos por ella; bajamos una escalera compuesta de diez y seis peldaños, y entramos en la Gruta de la Leche. En todos estos lugares la piedad de los cristianos edificó templos, que todos fueron destruidos por Cosroes; despues unos se han reedificado y otros han quedado como los dejó aquel bárbaro caudillo, manifestándonos su antigua grandeza con débiles restos de mármoles y mosaicos, que han logrado salvarse del poder destructor de los hombres y del tiempo. Hoy la Gruta de la Leche es una caverna abierta en la roca, baja de techo, que cuenta diez metros de anchura y cuatro de profundidad, formada de una piedra blanquecina, gredosa, y tan deleznable, que ha sido necesario sostener la parte que forma la bóveda con fuertes columnas.

Cuando San José recibió el celestial aviso de huir á Egipto porque Herodes buscaba al Niño para matarlo, salió en el acto de Bethlem y se ocultó en esta gruta, esperando sin duda la noche para verificar la huida con más seguridad: amantando la Virgen al Niño, cayeron dos ó tres gotas de leche sobre el suelo de aquella caverna; y desde entónces aquella tierra y aquella piedra tienen la maravillosa virtud, tomándolas diluidas en agua, é implorando la clemencia de la Virgen

de volver la leche á las casadas que la han perdido. No sólo acuden creyendo en este portento á cojer para sus mujeres tierra de la tal gruta los católicos, sino los griegos, los armenios, los musulmanes, y hasta los beduinos, esos reyes del desierto, que nunca abandonan sus tiendas; y todos, todos confiesan que siempre han conseguido su deseo con aquella tierra milagrosa. Así es, que como tanta gente acude en busca de dicha tierra, se encuentra la gruta llena de profundas excavaciones, ó angostas cavernas.

Andando cuatro minutos más allá de la Gruta de la Leche, se llega á un pequeño pueblo, que ocupa la cumbre de pedregosa colina. Este pueblo, que cuenta seiscientos habitantes, de los que sólo ciento son cristianos, es el antiguo Chamaan, de que tanto habla la Biblia, llamado hoy entre los árabes Beit-Sahur, "morada de los pastores," porque segun se asegura, naturales de este pueblo eran y en este pueblo vivian los pastores que reunidos en una gruta se hallaban, cuando entre divina claridad bajó del cielo un ángel á anunciarles el nacimiento del Mesías.

Entre las cisternas que rodean este pequeño pueblo, hay una que los indígenas nombran Bir-Marian, Cisterna de María, porque aquella gente que con tanto entusiasmo canta las gracias y las virtudes de la Virgen, refiere que pasando cierto dia con el Niño esta purísima jóven por esa cisterna, que tiene la agua lo ménos seis metros ba-